

FISIOLOGÍA EN RELACIÓN CON VERDAD ESPIRITUAL

Parte 3

CAPÍTULO 5. La estructura del cuerpo: El Esqueleto.

Nuestros estudios hasta ahora nos han llevado desde la célula única con la que podemos decir que comienza la existencia corporal, a través de sus diversas diferenciaciones en los tejidos que forman el material para todo el cuerpo. De las cuatro clases generales de tejido —conectivo, muscular, nervioso y epitelial—, en el capítulo anterior, echamos un vistazo a las ocho variedades de tejido conectivo, hasta llegar al último, el óseo, cuya estructura examinamos un poco más a fondo. Nuestro capítulo actual nos llevará más allá, a un examen de toda la estructura del hueso, con sus diversos grupos, compuestos de partes separadas, todas variando en tamaño, forma y función, pero todas maravillosamente adaptadas a los usos para los que fueron diseñadas.

Si bien se puede decir que esto pertenece al departamento de *Anatomía*, más que al de *Fisiología*, ambos son esenciales el uno para el otro para una correcta comprensión de cualquiera de ellos. Cada uno presupone al otro. Podemos decir que la fisiología se ocupa más de la química y la biología, y la anatomía de la física y la mecánica; y estas últimas deben preceder a la adopción de las verdades más avanzadas que siguen.

El hombre es un microcosmos; los materiales que forman su cuerpo son prácticamente los mismos que componen todo el universo. Y las ciencias que revelan las maravillas de la Naturaleza encontrarán su lugar en relación con aquel que, si bien está al frente de las obras de las manos de Dios, también forma parte de esa creación. ¡Qué bendición es saber que el Hijo también ha entrado en Su creación, ha participado de carne y sangre, y por lo tanto es la verdadera Cabeza de todo lo que ha hecho! No se avergüenza de llamar a su pueblo sus hermanos, una relación basada, en efecto, en una obra más maravillosa que la creación, la redención, mediante la cual ha puesto los cimientos de la nueva creación, en la cual será Cabeza y Señor por toda la eternidad. Fue en Su muerte que se tomó el «hueso», el fundamento moral de su Esposa, la Iglesia. De modo que se puede decir: «Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos» (Efesios 5:30). Pero esto debe bastar para animarnos en nuestro estudio del esqueleto.

Para la mente mórbida y natural, un esqueleto resulta repulsivo. La razón es evidente: es un recordatorio de la muerte, y esto, a su vez, habla del pecado y presagia el juicio. No es de extrañar que los hombres se estremezcan ante la idea

de estos hechos terribles hasta que la gracia llega a sus corazones con la revelación de la justicia y el amor divinos, asegurando así nuestra redención eterna. La gracia nos ha enseñado la respuesta a la pregunta que se le hizo a Ezequiel (cap. 37:2-3) al contemplar el valle de los huesos secos: «¡Muchos y muy secos! ¿Pueden estos huesos volver a la vida?». Podemos responder con júbilo: «Os dio vida a vosotros, que estabais muertos en vuestros delitos y pecados» (Efesios 2:1). En lugar de estremecernos, ahora podemos contemplar el recordatorio de la muerte con la serenidad de la certeza de que «si nuestra morada terrenal, esta tienda, se deshace, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha por manos humanas, eterna en los cielos» (2ª Corintios 5:1). Y sabemos también que, en el plan divino en el que todo es posible, Él «transformará nuestro cuerpo de humillación y lo hará semejante a Su cuerpo glorioso» (Filipenses 3:21). Miraremos entonces el esqueleto, no como un testigo de la muerte, sino como un recordatorio de lo que permanecerá, «cuando todo lo que parece sufrirá un shock».

Un conocimiento correcto del esqueleto es necesario en todo lo que concierne incluso al aspecto superficial del cuerpo. Sir Edwin Landseer, el gran pintor de la vida animal solía estudiar la anatomía de sus sujetos. Así, gracias a su conocimiento de las relaciones entre las distintas partes del cuerpo, podía representar con precisión su expresión externa: la cabeza erguida, los pies bien apoyados, y el efecto que esto tenía sobre la postura general. Todo era realista, como si fuera real. Por lo tanto, todo artista que desee lograr siquiera una apariencia de naturalidad debe conocer la anatomía de su modelo.

El esqueleto del adulto contiene un total de 206 huesos, de diversas formas y tamaños. Podemos hablar de ellos de esta manera general para simplemente clasificarlos según su forma. Se pueden clasificar como largos, cortos, planos e irregulares. Los huesos largos incluyen principalmente los de las extremidades, los brazos y las piernas. Los huesos cortos son principalmente los de las muñecas, los pies y las rodillas. Los huesos planos forman en gran parte el cráneo e incluyen también los omóplatos, el esternón y los huesos de la cadera. Las costillas también se incluyen en esta clase. El resto de los huesos se clasifican como irregulares e incluyen partes importantes como las vértebras y varios huesos esenciales de la cabeza. Así, a simple vista, podemos ver la variedad de huesos necesarios para la composición de nuestra estructura corporal.

Buscando extraer algunas lecciones incluso de esta clasificación arbitraria, recordamos que en nuestra constitución individual existen muchísimos elementos de carácter muy diferente. Así, las características que definen el "paseo" y el servicio a los demás son muy distintas de las relacionadas con "el hombre interior del corazón". Los "pensamientos e intenciones" son, a su vez, diferentes de la firme estabilidad que constituye el fundamento de todo testimonio. De hecho, hablar de nuestro tema de esta manera tan personal requeriría que analizáramos cada aspecto por separado y buscáramos su característica y función específicas, así como la verdad espiritual a la que

corresponde. Este es un tema fascinante, pero que excede con creces el alcance de nuestro propósito actual. Veremos mucho de esto en nuestra próxima clasificación, pero por ahora bastará con esto. Estamos "creados de manera admirable y maravillosa". Puede llenarnos de asombro y reverencia pensar en la infinita variedad de elementos que conforman nuestra personalidad individual. Podemos pensar, aprender, decidir, amar, actuar, todo de la más amplia variedad de maneras y combinaciones. De esto nos recuerda la variedad de huesos que componen nuestro cuerpo.

Al contemplar el cuerpo como una figura de la Iglesia, aprendemos lecciones similares de esta diversidad. Tenemos «muchos miembros», pero cada uno es distintivo. Algunos son grandes y prominentes; otros tan pequeños que pasan desapercibidos. Podemos pensar en Pablo teniendo su lugar en el desarrollo de las grandes verdades del evangelio, sugerido por el cráneo; Juan puede sugerir, en su desarrollo de los afectos de nuestro Señor, el esternón; Pedro, la marcha del peregrino, los huesos del muslo o del pie; Santiago, los brazos o la mano para trabajar. Vemos la firmeza inquebrantable de Esteban en una vértebra, el cuidado afectuoso y la protección de Bernabé en una costilla, cerca del corazón de su Maestro.

Así, a lo largo de la historia de la Iglesia, ha habido hombres que, imbuidos de la verdad que asimilaron, han formado parte de la sólida estructura del Cuerpo de Cristo. Lutero reiteró las grandes verdades de la justificación por la fe y, al igual que Pablo, sostuvo la Cabeza. John Knox, firme como el diamante ante toda oposición, fue uno de los pilares que conformaron la Iglesia como «columna y fundamento de la verdad». Wesley, un Santiago de los últimos tiempos, enfatizó la conducta de la Iglesia en una época disoluta; Whitefield, que transmitió el mensaje de amor con sus palabras apasionadas; Suso, Tersteegen, Bernardo, que sintieron las pulsaciones del corazón de Cristo: todos tuvieron su lugar como elementos de fortaleza, dando a la Iglesia su carácter y forma en su tiempo. Y así sucede hoy. Todavía hay quienes defienden a Cristo y su verdad, no limitados, gracias a Dios, a ninguna secta —¡Ay, que existan tales sectas! — sino que pertenecen a toda la Iglesia y la mantienen firme en tiempos de apostasía. Bendito sea Dios por todos aquellos de quienes se puede decir: «Has guardado mi palabra y no has negado mi Nombre» (Apocalipsis 3:8).

Tampoco podemos olvidar que cada uno de estos huesos, tanto los pequeños como los grandes, torcidos como rectos, tiene su propio lugar en la estructura que nadie más puede ocupar. ¿De qué serviría el fémur, grande y simétrico, o el hueso del muslo, en lugar del delicado y complejo yunque de la oreja, el trapecio de la muñeca o el cuboide del pie? Si uno de estos huesos más pequeños se disloca o se fractura, toda la parte del cuerpo a la que está conectado queda incapacitada. Un esguince de muñeca, causado por la dislocación del semilunar o de algún otro hueso pequeño —a menudo más de uno—, deja la mano y el brazo prácticamente inservibles. «Confiar en un hombre infiel en tiempos de angustia es como un diente roto o *un pie dislocado*» (Proverbios 25:19). La dislocación del astrágalo, o

de uno de los huesos cuneiformes más pequeños del pie, inutiliza por completo el miembro afectado; la marcha y la estabilidad de la Iglesia se ven comprometidas. ¡Ay!, al reflexionar hoy, cuántas fracturas y dislocaciones han perjudicado no sólo el testimonio, sino también la eficacia de la Iglesia de Dios.

Por otro lado, ¿cuántas veces la presencia de la pequeña rótula ha preservado la articulación de la rodilla, entre el fémur y la tibia, de una lesión permanente, al recibir el golpe que podría haber recaído sobre la parte más vulnerable, aunque más visible? En el cuerpo, ningún hueso es tan pequeño como para carecer de valor, y ningún otro puede ocupar el lugar dado por Dios.

Siempre existe una razón para la forma y peculiaridad de cada hueso. La escápula, u omóplato, es plana, lo que proporciona una amplia superficie sobre la que se fijan el trapecio y otros músculos. El parietal y otros huesos planos del cráneo sólo pueden proteger el cerebro gracias a su forma y planitud particulares (esta expresión significa con menor curvatura o relieve). La mayor resistencia, proporcional a su peso, se debe al fémur, el húmero y otros huesos largos, gracias a su estructura tubular y hueca. Así, la gracia ha obrado en cada caso, adaptándolos al servicio que les fue asignado. En lo dicho, no se ha intentado explicar el significado espiritual del lugar permanente que ocupa cada hueso en el cuerpo. En su forma más simple, estos serían los apóstoles, profetas y demás miembros de la Iglesia en sus inicios. Estos constituirían el fundamento o la estructura de la Iglesia para siempre. De igual modo, podemos pensar en Pablo y los demás apóstoles, quienes ocupan su lugar oficial en el Cuerpo, pero conservan su carácter individual. En este último sentido, son como todos los demás miembros del Cuerpo, ocupando su nicho asignado; mientras que en el primero tienen un lugar más amplio y permanente. Así, Pablo, como el pecador típico salvado por la gracia, ha ocupado su lugar en el Cuerpo y ha regresado a la casa del Señor. Como apóstol, permanece en la Iglesia, en la verdad que dio a conocer. Podemos ver fácilmente cómo ambos aspectos son ciertos.

Hasta ahora hemos estado hablando, en un sentido amplio. De forma un tanto desordenada, analizaremos los huesos individualmente; ahora los examinaremos en los distintos departamentos o grupos en que se encuentran organizados. Si bien cada hueso guarda relación con el resto del cuerpo, se conecta especialmente con otros para formar una extremidad o miembro. Esta conexión especial no altera la relación general. Así sucede espiritualmente: cada creyente posee este doble vínculo. Es miembro de todo el Cuerpo de Cristo, en relación vital con cada creyente en todo el mundo y a lo largo de todos los tiempos. Pero tiene un vínculo especial, según los dones recibidos, con otros que poseen dones similares. De este modo, los maestros son interdependientes, nadie posee la verdad absoluta; lo mismo ocurre con los evangelistas y pastores. Su individualidad los hace dependientes de otros para complementar y equilibrar su propio servicio especial.

Podríamos ir más allá y considerar cada congregación local como un grupo de miembros de este tipo. Están vinculados a toda la Iglesia, pero de una manera

especial están llamados a servir donde les corresponde. Por lo tanto, se encontrará que hay un elemento de verdad importante en lo que a veces se enfatiza indebidamente.

Lo mismo podría decirse de las diversas doctrinas espirituales. Facultades de cada individuo. Existen agrupaciones de estas, así como el reconocimiento de su conexión general con el ser humano en su totalidad. Confiamos en que estas verdades se manifestarán abundantemente a medida que avancemos en nuestro tema.

El esqueleto puede dividirse en grupos de varias maneras. Podemos considerarlo primero como tripartito, compuesto por:

- (1) cráneo,
- (2) tórax o tronco, y
- (3) extremidades.

O podemos separar esta tercera división en dos: (a) las extremidades superiores, (b) las extremidades inferiores. También podemos reconocer cinco divisiones, como sigue: (1) el cráneo, (2) la columna vertebral, (3) las costillas y el esternón, (4) las extremidades superiores, (5) las extremidades inferiores. Finalmente, al separar los huesos que forman respectivamente el soporte de las extremidades superiores e inferiores, tenemos (1) el cráneo, (2) la columna vertebral, (3) las costillas y el esternón, (4) la cintura escapular, (5) las extremidades superiores, (6) La cintura pélvica, (7) Las extremidades inferiores.

Cada una de estas agrupaciones es natural y nos brindará una reflexión especial y apropiada. Aquí hablaremos del significado espiritual de los números en relación con nuestro tema. Debemos remitir a nuestros lectores a otras fuentes para obtener información detallada sobre este tema tan interesante e importante¹.

Al considerar el esqueleto como tripartito, recordamos que el hombre, por su constitución, es un ser tripartito, compuesto de espíritu, alma y cuerpo (1ª Tesalonicenses 5:23). Por lo tanto, es apropiado que la estructura de su cuerpo presente una clasificación similar. El espíritu, el lado intelectual y moral del hombre, encuentra su expresión correspondiente en el cráneo, sede del cerebro y del sistema nervioso, donde se encuentran los instrumentos materiales más estrechamente conectados con la mente. Aquí la mente recibe sus percepciones a través de los nervios aferentes o receptivos de los diversos órganos de los sentidos: vista, oído, olfato, gusto y tacto. Aquí, a la orden de la voluntad, se envían los impulsos que se expresan en los innumerables movimientos de las

¹ See, "The Numerical Structure of Scripture," by F. W. Grant; "Spiritual Law in the Natural World;" The "Introduction to the Numerical Bible;" The "Witness of Arithmetic to Christ;" all by the same. Use has been freely made of this teaching by the present author in his book, "Lectures on the Tabernacle"- all to be had of the publishers.

otras partes del cuerpo.

El cráneo, entonces, corresponde bien al número 1, el asiento de la primacía, la inteligencia y el gobierno. De manera similar, el tronco puede identificarse con el alma, sede de los deseos, los apetitos y las afecciones. Dentro del tronco se encuentran los órganos vitales animales que conforman todo el cuerpo y que efectúan la digestión, asimilación, etc. de los alimentos y su eliminación una vez que han cumplido su función. Aquí también se encuentran el corazón y el centro del sistema circulatorio, así como los pulmones y el sistema respiratorio. El tronco sugiere, por lo tanto, la segunda gran división de la vida humana.

No es difícil ver la conexión entre las extremidades superiores e inferiores y la última de las divisiones: el cuerpo. Este es el medio por el cual el hombre entra en contacto con el mundo, y de igual manera, sus extremidades son el principal medio de contacto del cuerpo con la tierra. Sus manos sujetan los objetos que lo rodean; sus pies se apoyan en la tierra y lo transportan. Esta aplicación puede realizarse fácilmente de innumerables maneras.

Podemos decir, entonces, que esta triple división se ajusta bien a la naturaleza del hombre.

La división tripartita del esqueleto puede ampliarse, como hemos visto, a una cuádruple, al separar las extremidades en su división natural de superiores e inferiores. Cuatro, como sabemos, es el número de la tierra, y podemos considerar al ser humano, especialmente adaptado a su existencia terrenal, dotado así de mente (el cráneo), afectos (el tórax), capacidad para caminar (las extremidades inferiores) y capacidad para trabajar (las extremidades superiores).

Pero al clasificar las extremidades en dos grupos, también podemos subdividir los huesos del tórax en la columna vertebral, compuesta por las vértebras, y las costillas, con el esternón. Esta división quintuple nos da quizás la visión más completa del hombre; le imprime el sello de la capacidad humana y de la responsabilidad correspondiente. Así, se le ve como (1) un ser moral e inteligente, el cráneo; (2) dotada de voluntad y capacidad de control, la columna vertebral; (3) hecha para y capaz de apetitos y afectos, las costillas y el esternón; (4) apta para el contacto con la tierra y la locomoción sobre ella, las extremidades inferiores; (5) con capacidad de autoprotección y trabajo, las extremidades superiores.

No se puede extraer nada más de la división séptuple, salvo quizás el testimonio de la plenitud y perfección del hombre como cabeza de la creación de Dios. Los dos grupos añadidos, la cintura escapular y la pélvica, son manifiestamente apéndices de sus respectivas extremidades, y para todos nuestros propósitos pueden considerarse dentro de esos grupos.

Sin embargo, *conviene* recordar que la pelvis es mucho más que la cintura a la que se unen las extremidades inferiores. Es más maciza que el cráneo y los demás huesos del tronco, y sus cuatro vértebras constituyen el soporte de las

vísceras. Desde el punto de vista mecánico, es quizás la parte más importante de la estructura corporal.

Antes de abordar los cinco grupos que forman las principales divisiones del cuerpo, examinaremos las articulaciones que unen todos los huesos. Estas se dividen en tres clases generales, según la cantidad de movimiento que pueden realizar:

- (1) Articulaciones rígidas;
- (2) Articulaciones ligeramente móviles;
- (3) Articulaciones libremente móviles.

Las articulaciones rígidas o inmóviles son las del cráneo y los huesos faciales, con excepción de la mandíbula inferior. En esta última, si bien los distintos huesos son distintos, se encuentran en estrecho contacto entre sí y se mantienen unidos por tejido fibroso que conecta los márgenes, los cuales, gracias a sus bordes dentados, forman una superficie continua.

Las articulaciones ligeramente móviles son las de las vértebras y la pelvis. La primera une las vértebras, formando un cojín elástico entre ellas y permitiendo un movimiento moderado en diversas direcciones, lo que posibilita la flexión de la espalda. La segunda es más rígida, pero permite una ligera expansión de la pelvis, según sea necesario en ocasiones.

Existen numerosos tipos de **articulaciones móviles**, todas adaptadas a la función específica de los huesos que unen. El carácter general de cada articulación depende de la forma del hueso, con su extremo cartilaginoso en el punto de contacto con el hueso vecino. Ligamentos fibrosos envuelven estos extremos y permiten el libre movimiento siguiendo el contorno de los extremos óseos. Además de estos ligamentos, los huesos se mantienen unidos por los diversos músculos y la presión atmosférica. Las partes internas de los ligamentos, o cápsulas, están revestidas por una delicada membrana que secreta el líquido sinovial para lubricar la articulación.

Estas articulaciones son (1) *Deslizantes*, como en las vértebras, que las clasifican con las ligeramente móviles; (2) La articulación *de bisagra*, que permite el movimiento de un sólo tipo, como en las articulaciones del antebrazo, los dedos y los dedos de los pies; (3) la *articulación esférica*, que permite el movimiento en casi cualquier dirección, como en las articulaciones del hombro y del muslo; (4) *Articulación pivote*, como la de las dos vértebras superiores, el atlas y el axis, también la articulación superior del cúbito y el radio en el antebrazo; (5) la *articulación condílea* o cavidad elíptica, como la de la articulación de la muñeca; y (6) la *articulación en silla de montar*, como la del pulgar con uno de los huesos de la muñeca. Estas articulaciones permiten una variedad casi infinita de movimientos corporales, cada uno adaptado a los miembros que unen. Así, una evidencia tan manifiesta de diseño sólo podría pasar desapercibida para quienes

carecen de sensibilidad para las cosas de Dios.

Estas diversas articulaciones nos invitan a reflexionar sobre las distintas relaciones entre los santos, así como sobre la conexión de cada facultad espiritual con las demás en el individuo. Al igual que en el cuerpo material, la forma muestra la adaptación a su contraparte. La comprensión espiritual, podríamos decir, se efectúa mediante una *articulación*. No hay lugar para la holgura; se requiere una comprensión precisa de la verdad. Así se asegura, cada elemento mental y espiritual se forma para encajar con el siguiente. En el servicio, sin embargo, se necesita una mayor variedad de funciones, y aquí la cavidad del omóplato sugiere *estabilidad*, que a su vez acoge la libertad de adaptación en el ministerio. La *esfera* del servicio, por lo tanto, es libre de moverse y al mismo tiempo se mantiene en su lugar en la *cavidad* de la firmeza espiritual. El "hombre interior" en su totalidad es, por lo tanto, un entrelazamiento armonioso de facultades y poderes, donde cada función se forma para otra y depende de ella.

Este no es el lugar para detenernos en las afecciones mórbidas del alma, sino que basta con recordar la falta de verdadera coordinación que tan a menudo vemos en nosotros mismos o en los demás para reconocer la necesidad de esta interconexión por las articulaciones. «*Une* mi corazón para que tema tu Nombre», oró el salmista; "*Una* cosa hago", dijo el apóstol. Por otro lado, "el hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos" (Santiago 1:8). Podemos estar seguros de que esta inestabilidad no se debe a la anatomía espiritual del nuevo hombre; cada parte y función está hecha para coordinarse con aquello con lo que está conectado. No intentemos *reconstruir* nuestro ser espiritual, sino ver que existe tanto la restricción como la libertad sugerida por la articulación.

La cubierta de cartílago, la membrana sinovial y el líquido, todo habla de la ausencia de fricción que es la señal de salud espiritual. El propósito se lleva a cabo mediante la *disposición* a realizarlo (2ª Cor. 8:11). Lo opuesto a esta lubricidad espiritual se ve en la lucha de Romanos 7. "¡Oh, miserable de mí!", habla de alguien cuyas articulaciones espirituales no funcionan en libertad. "Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. » (v.15). La razón es evidente: él está tratando de hacer que la nueva vida interactúe con la antigua. El resultado es la miseria de la fricción espiritual y la discordia interna. Pero cuando Cristo ocupa el lugar pleno en el alma recién nacida, ¡cuán diferente es!: «La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte» (Rom.8:2).

Pero incluso cuando se conoce la verdad, ¿qué necesidad hay de velar por que el Espíritu no se entristezca, de que no falte el delicado fluido, y así hacemos con dificultad y dolor lo que debería ser la expresión simple y natural de "la voluntad de Dios en Cristo Jesús para con nosotros"? ¿Quién no ha experimentado esta "sequedad de las articulaciones"? La oración es un esfuerzo, la acción de gracias una formalidad, el servicio una tarea ardua. ¡Ay!, conocemos la causa: el Espíritu se ha entristecido, el ego se ha complacido, el orgullo y la pereza han resecado las articulaciones. "No entristezcan al Espíritu Santo de Dios" (Efesios 4:25-32).

Es posible que el hijo de Dios tenga que decir: "Cuando callé, mis huesos envejecieron" (Salmo 32); y que sea necesario orar como David: "Devuélveme el gozo de tu salvación" (Salmo 51).

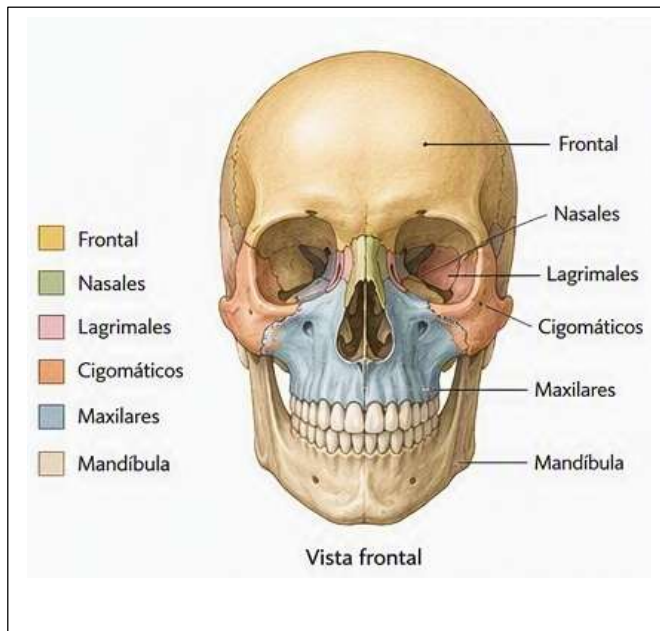
Cuando aplicamos esto a la Iglesia, vemos fácilmente esta interdependencia entre los diferentes santos. Pedro y Juan suben al templo a orar (Hechos 3). La valentía de uno y el amor del otro obran juntos en la sanación del paralítico. ¡Qué hermosa colaboración tuvieron Pablo y Bernabé en su primer viaje! Pablo con su dominio de la verdad, su vehemencia en la predicación, y Bernabé, «el hijo de la consolación», con sus palabras de consuelo y exhortación (Hechos 11:22-26).

Y, ¡Ay!, ¿quién no ha lamentado la fricción que impedía un servicio conjunto más feliz? (Hechos 15:36, etc.). Ciertos santos y siervos de Dios están hechos para actuar juntos: «Todo el cuerpo, bien concertado y unido por lo que cada coyuntura se ayuda mutuamente» (Efesios 4:16). La primera palabra expresa la idea: «Las articulaciones, por su estructura, su adaptación mutua y el Espíritu Santo, trabajan sin fricción». ¡Qué bien trabajaron Euodias y Síntique con Pablo en el evangelio! (Filipenses 4:2-3). Nótese el «líquido sinovial», la comunión expresada por la preposición «v»: «compañero de yugo», «ayudar con», «trabajaron conmigo», «colaboradores». No es de extrañar que el apóstol deseara ver restaurada esa feliz comunión. ¡Fricción en la congregación! ¿Sabemos algo de ella? ¡Ay, qué común es! Y sin embargo, fuimos creados tanto para el otro como para el Señor. Aquí tenemos a dos hermanos, adaptados para trabajar juntos, uno aportando los elementos necesarios para la plena utilidad del otro; y surge un distanciamiento, falta el «líquido sinovial», intervienen la fricción, la discordia y la contienda, y la obra de Dios cesa, al menos en lo que a ellos respecta. ¡Cuántas veces falta la consideración, la mansedumbre y la cortesía, la espera mutua, sugeridas en el cartílago liso, los ligamentos y la membrana que secreta el líquido lubricante!

La artritis, la inflamación de estos elementos entre las articulaciones, causada por la infiltración de una toxina proveniente de alguna «infección focal», algún lugar donde acecha el veneno dañino que causará todo el daño, es quizás más común en el plano espiritual que en el material. Hay que llegar a la fuente oculta de este veneno, hay que juzgar la permisividad perjudicial de la carne, y entonces encontraremos las «articulaciones» funcionando sin problema de nuevo. A menudo, es inútil abordar el problema local hasta que la raíz de la infección sea juzgada en presencia del Dios de la gracia. Por lo tanto, no basta con denunciar la discordia o intentar resolver las disputas, sino que se necesita el santo ministerio sanador de la verdad en amor. Así, pronto se restablecerán las secreciones adecuadas y todo funcionará armoniosamente en la «unidad del Espíritu» (Efesios 4:1-3).

Volvemos ahora a considerar al hombre como un ser quíntuple, abordando los grupos en su orden natural.

1.- EL CRÁNEO.



No cabe duda de que la cabeza, cuyo armazón es el cráneo, es la corona y la parte más importante de todo el cuerpo. Su posición lo demuestra. Al formar la cima o ápice de toda la estructura, puede compararse con un castillo o palacio del amo o dueño de todo el dominio. Desde él contempla toda la creación, cercana y lejana.

Aquí se albergan los diversos departamentos para recibir mensajes y transmitir órdenes. Desde este centro se administra, cuida y protege toda la propiedad. Todo está sujeto al control y existe para quien allí habita.

En otras palabras, el cráneo es la caja que contiene los órganos de la visión, el oído, el gusto, el tacto y el habla. Es, en primer lugar, la sede del cerebro, el vínculo más cercano con el hombre mismo, el ego consciente. De él irradia el vasto y complejo sistema nervioso que recibe impresiones y transmite todos los impulsos de acción. Sin la cabeza, toda la maravillosa estructura del cuerpo es inútil, sin sentido, sin vida.

Es significativo que la forma y el propósito de la cabeza requieran la posición erguida que distingue al hombre prácticamente de todas las demás criaturas. La postura natural de estas es horizontal, mientras que la suya es erguida. Por lo tanto, está capacitado, y obligado, a mirar hacia arriba y hacia afuera. Esto sugiere su vínculo, como ser consciente y responsable, con Dios. «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza» (Gén.1:26). La etimología sugerida de la palabra griega para hombre, «el que vuelve la mirada hacia arriba», puede no ser incorrecta.

La postura erguida no sólo sugiere el vínculo del hombre con Dios, sino que además es necesaria para todas las actividades normales. El hombre es erguido por creación: «Dios hizo al hombre recto» (Eclesiastés 1:7:29). Instintivamente, retoma esa actitud después de haber adoptado cualquier otra postura, por cualquier causa. Y esto sugiere una naturaleza moral que es propia del hombre por creación; la rectitud y la justicia son características morales tan normales como la postura erguida lo es físicamente. Que su condición sea la opuesta en el hombre caído no es sino la prueba de esa caída; él es no como Dios lo concibió. El

pecado es la contradicción del propósito de su creación².

De manera similar, la cabeza propiamente en su lugar de supremacía asegura su posición de erguido. La regla más simple e importante para la postura correcta es «mantener la cabeza en alto». Así, toda rectitud de carácter y conducta es el resultado del reconocimiento y la relación adecuados con Dios.

«Al cabo de los días, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo, y me volvió el entendimiento; bendije al Altísimo, alabé y honré al que vive para siempre» (Daniel 4:34). La causa de la vida disoluta, servil y bestial que caracteriza al hombre es su negativa a reconocer lo que Nabucodonosor aprendió.

La "cabeza de oro" (Dan.2:38) sólo es verdaderamente así cuando se reverencia y obedece a Dios.

El cráneo puede describirse, a grandes rasgos, como una caja esférica que contiene el cerebro. Podemos creer que está maravillosamente adaptado para este fin, conociendo a Aquel cuyo nombre es Admirable, su Diseñador. Esto se manifiesta no sólo en su forma, tamaño y contorno generales, sino también en cada detalle. Comenzando por las características más generales, reconocemos dos partes principales del cráneo: el cráneo propiamente dicho, o caja craneana, y la cara. El primero es esencialmente una cámara cerrada que protege su tesoro invaluable; la segunda está adaptada como el marco para la comunicación con el mundo exterior a través de los diversos órganos de los sentidos, la boca y la lengua. Aunque distintas entre sí, están íntimamente asociadas. El cráneo sería un sepulcro si no estuviera vinculado a la cara a través de la cual habla.

Sin entrar en detalles, podemos considerar el cráneo como el símbolo de la morada del hombre nuevo, el creyente consciente de sí mismo en Cristo. Dotado de vida e infinitas facultades espirituales, el rostro es el canal visible de expresión de estos poderes. Sin el rostro, las facultades carecerían de capacidad de expresión; sin el cerebro, en el cráneo, el rostro podría ser bello pero inerte. Así se nos recuerda el carácter compuesto de nuestro ser espiritual.

Lo mismo ocurre cuando lo consideramos parte del Cuerpo, la Iglesia. Aquí encontramos, evidentemente, un doble significado. Como parte del cuerpo entero, pensamos en la cabeza como compuesta de diversas partes y miembros; como representación de Cristo como Cabeza de la Iglesia, su cuerpo, se erige suprema, sola. Como parte integral del cuerpo, se habla de ella en 1ª Corintios 12:13-31. Aquí la cabeza depende de los pies, el ojo y la mano (versículo 21).

² Esto se refiere, por supuesto, al propósito de Dios. Para el cumplimiento de ese propósito, el hombre debe estar establecido en la rectitud esencial. Esto no fue así en su creación. Como agente moral responsable, debe ser probado, y por lo tanto, aunque completamente inocente, no era santo. En esto, el bendito Segundo Hombre venido del cielo fue diferente. No era simplemente inocente, sino «esa Cosa Santa». Esto apunta también a la unión de la Persona Divina con la naturaleza humana perfecta.

Cuando hablamos de ella como figura de Cristo, la Cabeza de la Iglesia, su cuerpo, debemos actuar con cautela y evitar cualquier aplicación carnal de la verdad física. Sin embargo, podemos seguir con reverencia adónde nos guía la Escritura, y bajo la guía de Dios, La guía del Espíritu reconoce los rasgos de Aquel a quien hemos aprendido a amar y adorar como Él se muestra a través de la red (Cantares 2:9).

En Efesios, leemos (cap.1:22-23) que Dios «dio por Cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud (o complemento) de aquel que lo llena todo en todo». Aquí hay algo más que una mera supremacía o autoridad en general. La Iglesia es su cuerpo, vitalmente unida a Él, quien le ha impartido Su vida. Como su cuerpo, es el vehículo para la expresión y ejecución de su voluntad, el complemento, la plenitud del pensamiento asombroso de Aquel que lo llena todo. Así, se habla de la Iglesia como unida e identificada con Él: «Como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo; Así también es Cristo» (1ª Corintios 12:12).

De igual modo, en Efesios 4:15-16 leemos: «Hablando la verdad en amor, crezcamos en todo hacia Él, que es la Cabeza, es decir, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por cada coyuntura que se ayuda mutuamente, crece según la actividad propia de cada miembro, para ir edificándose en amor». Ante este pasaje, no podemos sino sentirnos animados a buscar el significado de esta maravillosa Cabeza, tal como se expresa en la Cabeza del Cuerpo.

Sin embargo, por el momento nos centramos únicamente en el cráneo, y no en el maravilloso tesoro que encierra. Compuesto de tejido óseo y cartílago, nos recuerda, como hemos visto, el contorno de la verdad revelada que expone el pensamiento de Dios. No se trata de una mera verdad objetiva, sino que, así como el tejido vivo está impregnado de sales minerales, la verdad impregna todo el organismo espiritual.

Me atrevería a recordar al estudiante de la verdad que esta debe ser siempre «como la verdad está en Jesús»: viva y palpitante con su vida. Es muy fácil olvidar esto en nuestro estudio de la doctrina, y en ningún lugar es más peligroso que en el estudio de la Persona de nuestro bendito Señor viviente.

Aún debemos detenernos un poco en el cráneo como estructura compuesta y aprender algo sobre los diversos huesos que lo componen. Estos, en general, son 8 para el cráneo, 14 para la cara, 6 para el oído y el hueso hioides para la lengua. Los dos últimos, los huesos del oído y la lengua tienen que ver más directamente con el funcionamiento de esos órganos que con la estructura del cráneo.

Los dos grupos restantes son esenciales para la estructura del cráneo. De estos dos grupos, el cráneo propiamente dicho constituye la caja craneana; los huesos faciales se relacionan principalmente con la conexión con el mundo exterior. Podríamos decir que el cráneo es el prototipo de la persona, el rostro, sus facultades y su expresión. El primero se conecta con el lado subjetivo, el segundo

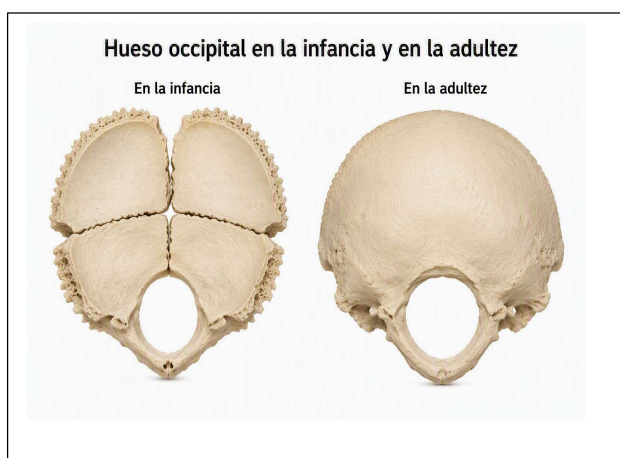
con el objetivo. Sin embargo, ambos están tan íntimamente ligados que resultan mutuamente esenciales. Así como Israel, Judá (que representa la verdad subjetiva y personal), Efraín y el resto (el mundo externo y objetivo) eran distintos en carácter y lugar, pero cualquier celo, discordia o división entre ellos empañaba su unidad nacional, del mismo modo, el lado racional del ser humano está indisolublemente ligado a su expresión.

Los huesos del cráneo son ocho, dos de los cuales —el parietal y el temporal— forman pares, situados en lados opuestos del cráneo. El número total simboliza un nuevo comienzo: el octavo día marca el inicio de una nueva semana. Puede sugerir la nueva creación en la que ha entrado el "hombre nuevo", como en Cristo (2ª Corintios 5:17).

Los dos pares en lados opuestos del cráneo ilustran el carácter bilateral de todo el cuerpo y sirven para preservar la hermosa simetría del cráneo. El hombre por creación, y el hombre nuevo por nueva creación, es una unidad armoniosa. No es "unilateral", y es bueno ver esto ilustrado en esta parte fundamental de su ser.

Los huesos restantes son el occipital en la base y la parte posterior del cráneo; el frontal, que forma la frente y partes del techo de las órbitas o cuencas oculares y de la cavidad nasal; el etmoides, que forma parte de las órbitas, la cavidad nasal y la base del cráneo; y el esfenoides, que sirve para unir los demás huesos craneales y contribuye a la formación de las partes orbitales y nasales del cráneo. Analizaremos cada uno de ellos.

El hueso occipital se encuentra en la base y la parte posterior del cráneo, formando el lugar de descanso del cerebro. Es profundamente cóncavo, con numerosas depresiones claramente marcadas para la recepción de partes del cerebro. Una gran abertura, el foramen magno, en la parte inferior hacia la parte posterior, sirve para el paso de la parte superior de la médula espinal, el bulbo raquídeo, que unifica todo el sistema nervioso.



Este hueso, que en la infancia consta de cuatro partes típicas de debilidad, se consolida en la primera infancia y se caracteriza por su fortaleza y aptitud como base para el cerebro. Se une a los huesos temporal y parietal mediante articulaciones llamadas suturas, que gradualmente se vuelven rígidas. El significado espiritual de este hueso, y de hecho de todos los huesos que forman el cráneo, reside en la abundante

protección que brinda al "hombre interior". La individualidad personal es inviolable.

El aislamiento del cerebro de todo contacto externo, aunque con abundantes medios de comunicación, sugiere la independencia esencial del ser humano. Nada puede traspasar la barrera impenetrable del cráneo.

Sería conveniente que los padres reconocieran esta individualidad en sus hijos desde la primera infancia. No son marionetas ni juguetes, ni siquiera pequeñas mascotas, como si fueran animales; sino seres racionales, responsables e inmortales, destinados a una existencia eterna. No son propiedad de los padres, sino una sagrada responsabilidad que debe cuidarse, instruirse y guiarse. De ahí la enorme importancia de un ejemplo piadoso, para que la mente infantil reciba, desde la más tierna infancia, impresiones que moldeen correctamente sus pensamientos y hábitos. De ahí también el mal de la severidad arbitraria, o su opuesto, la indulgencia adulatoria. El niño tiene voluntad y todas las facultades mentales que le pertenecen. La voluntad no debe ser «quebrantada», sino que debe aprender a someterse como un acto de obediencia voluntaria. Debe inculcarse la responsabilidad, la responsabilidad hacia Dios, e incluso la obediencia a los padres se debe a esa obligación superior.

Todo esto es igualmente aplicable, quizás con mayor claridad, al hijo de Dios. «Habéis sido comprados por precio; no seáis siervos de los hombres». La misma dependencia de Dios, la absoluta sumisión a Él, excluye cualquier otra cosa. Detrás de la «barrera craneal», nadie puede invadir. Podemos presentar la verdad ante la mente; podemos instar a la conciencia a cumplir con sus obligaciones para con Dios; podemos suplicar e instar a la acción de la voluntad, pero debemos dejar toda decisión en manos del individuo. ¡Qué bueno es que así sea! Y ¡qué lamentable es lo contrario! Nadie respeta a un débil cuya mente y voluntad vacilantes están expuestas a la intrusión de cualquier influencia externa. Detrás de los muros de su propia individualidad, cada uno debe sopesar y decidir todas las cuestiones. Incluso un apóstol inspirado utiliza la súplica y la exhortación (Rom.12:1; Ef.4:1, etc.). Y ¡Cuán solemne es la humilde grandeza de Aquel que dice: «He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo» (Ap.3:20)! ¡El Creador no impone su «sí» contra la voluntad de su criatura responsable!

Y, sin embargo, la palabra de Dios es igualmente clara en cuanto a la soberanía de Dios. Que existen misterios más allá de la mente finita.

La individualidad es más que evidente; que Dios es el primero en la redención es claro; pero no debemos pasar por alto la individualidad del hombre. Y cuando recibimos a Cristo tras las puertas de esa individualidad, ¡Cuán benditamente Él controla la mente, los afectos y la voluntad! Con gozo, lo que se les niega a todos los demás se le da a Él, mientras nos postramos en lo más profundo de nuestro ser ante Aquel a quien reconocemos como «Mi Señor y mi Dios».

"Pareces humano y divino, la más elevada y santísima Humanidad, Tú;

Nuestras voluntades son nuestras, aunque no sepamos cómo,

Nuestras voluntades nuestras para hacerlas Tuyas."

Todos estos huesos craneales, encajando estrechamente entre sí, nos recuerdan así la individualidad esencial del hombre. **El hueso frontal** es quizás el más prominente de todos, elevándose desnudo por el cabello, como una majestuosa montaña, custodiando los portales del alma. Sobre él está escrito, en algunos en gran medida, el carácter del hombre. Aquí se coloca la marca de la vergüenza, causada por el pecado; y aquí, bendito sea Dios, se escribirá su Nombre,

"Cuando tu nuevo Nombre esté impreso
En cada frente sin pecado."

Estos son los huesos craneales más prominentes, unidos, como ya hemos dicho, por suturas que son casi tan rígidas como los propios huesos. Sin embargo, en la infancia, estas suturas distan mucho de ser rígidas, especialmente en los puntos de unión, como las fontanelas, donde se perciben las pulsaciones en el bebé. De este modo, podemos, en cierto modo, comprender lo que ocurre en la mente del niño y moldearla e influir en ella con mayor facilidad que en la edad adulta. Pero incluso aquí existe un límite que no debemos sobrepasar.

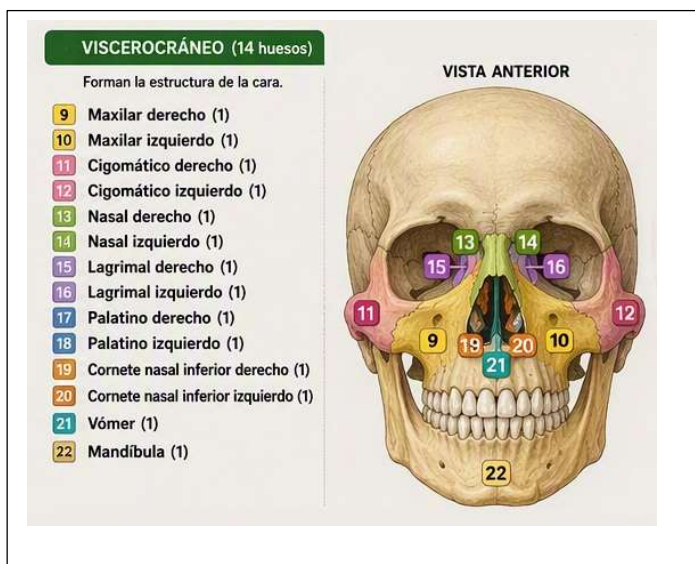
Apenas cabe aquí extendernos más allá de mencionar las maravillas de la cirugía craneal, que, sin embargo, no contradicen lo dicho sobre la individualidad humana. El conocimiento de la estructura del cráneo y del cerebro permite al cirujano experto aliviar la presión, realizar exámenes y extirpar tumores; pero todo se realiza con el conocimiento de la inviolabilidad de la que ya hemos hablado³.

Como ya hemos mencionado, la parte inferior del hueso frontal forma parte de las órbitas oculares y de la cavidad nasal. El etmoides también forma parte de estas estructuras y cierra la parte anterior del cráneo. Está íntimamente conectado con la nariz, y a través de ella pasan los nervios olfativos. El esfenoides, situado detrás del etmoides, también participa en esta estructura y une los demás huesos craneales. Tanto el etmoides como el esfenoides tienen una forma extremadamente compleja y son bastante ligeros, especialmente el primero. Junto con los huesos frontal y temporal, poseen varias cavidades llamadas senos paranasales. Los senos mastoideos se comunican con la cavidad del oído medio. Los de los tres primeros se comunican con la cavidad nasal. Sus revestimientos pueden inflamarse, provocando infecciones dolorosas. Su estado depende, sin duda, en gran medida del vigor y la salud general.

Del significado espiritual de esto sólo podemos hablar de forma general. Un estudio más detallado nos llevaría mucho más allá de los límites de nuestro trabajo actual. Baste decir que estas partes internas son esenciales para la

³ For a most engaging study of the brain, the reader is referred to the work of Dr. W. Thomson, *"Brain and Personality,"* written by a Christian and from a Christian standpoint.

correcta formación de la cavidad craneal. Además, están íntimamente unidas a las partes nasales y otras externas. Existen aspectos de nuestro ser espiritual que poseen esta doble conexión, interna y externa. Algunos pasajes de la Palabra de Dios se utilizan de esta manera dual, integrándose profundamente tanto en la estructura del ser interior como en sus relaciones externas. Por ejemplo, «Porque somos...» Para un estudio más interesante del cerebro, se remite al autor a la obra del Dr. Thomson, «Cerebro y Personalidad», escrita por un cristiano y desde una perspectiva cristiana. «Su obra (un poema), creada en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano (lit.) para que anduviéramos en ellas» (Efesios 2:10). Aquí, la nueva creación en Cristo se identifica también con su expresión externa. La vista, el olfato y el oído, mediante los cuales discernimos el carácter de las cosas externas, en su marco, forman parte de la nueva creación, del hombre interior. La norma de la nueva creación es el caminar (Gálatas 6:15-16). Véanse también los frutos de la vida de la nueva creación descritos en Efesios 4:17; 5: 20. No hay líneas divisorias rígidas en la Palabra de Dios donde no exista conexión entre la vida interior y la exterior. Las epístolas de Juan participan en gran medida de esta conexión. Carácter esfenoide. Qué cuidados se requieren para mantener la salud y la prosperidad espiritual, y para evitar los peligros de la mastoiditis y otras afecciones sinusales (véase 3ª Juan).



De los 14 huesos de la cara hablaremos aún más brevemente. Como ya se ha dicho, forman la sólida estructura sobre la que se moldean los músculos faciales para formar los distintos rasgos del rostro. Seis de estos huesos están agrupados en pares: el nasal, que forma el puente de la nariz; el cornete inferior, que separa las fosas nasales internas; el lagrimal, entre las paredes internas de las órbitas; el malar, entre los

pómulos; el paladar, entre la parte posterior del paladar duro y la parte anterior de las fosas nasales posteriores; y el maxilar, que forma parte del suelo de la órbita, el suelo y la pared externa de la cavidad nasal y la mayor parte del paladar. Además de estos seis pares, tenemos el vómer, que separa las fosas nasales, y la mandíbula, el hueso más grande y fuerte de la cara. Quizás la necesidad de estos diversos huesos se entienda mejor al pensar en su eliminación.

Si se eliminara la mandíbula, no habría masticación ni articulación; el habla y la alimentación se verían prácticamente imposibilitadas. Los maxilares son

igualmente necesarios, y ambos sostienen los dientes. ¡Qué desorganización, o peor aún, resultaría en la estructura nasal si se eliminara un sólo hueso!

Así pues, en el marco espiritual de nuestro ser, si se eliminaran aquellas porciones de la verdad divina que nos permiten detectar el mal, disfrutar del bien, saborear nuestro alimento espiritual y prepararlo para su asimilación, ¡qué perdedores seríamos!

Y cómo se vería desfigurada esa belleza espiritual que crece hacia un hombre perfecto si sus rasgos no estuvieran sostenidos y apoyados por la base de la verdad divina, perfectamente adaptada al «funcionamiento eficaz en la medida de cada parte». Detengámonos en cada rasgo, en cada órgano del rostro, y veamos cuán perfectamente dispuesto está todo. Es apropiado que haya sólo 14, 7x2 de estos huesos: la plenitud se manifiesta a la perfección. Verdaderamente, tanto en nuestra estructura material como en la espiritual, nuestro Dios ha puesto el sello de la plenitud.

Y cuando, con corazones reverentes y adoradores, buscamos aplicar estas diversas verdades a Aquel que es LA CABEZA, cómo se manifiesta en cada rasgo esta doble impronta de la nueva creación, de la cual Él es cabeza, y de absoluta perfección. Aquí vemos su individualidad absolutamente inviolable, y su serenidad de espíritu, unidas a la más perfecta expresión de cada pensamiento y afecto de su santo corazón. ¡Cuán rápido para detectar el mal, cuán gozoso al percibir la fe! ¡Cómo se alimentaba de la Palabra, cómo hacía todo conforme a esa Palabra! Bajo toda la gentileza y ternura de su santo comportamiento, cuán inquebrantable era su obediencia a la voluntad del Padre.

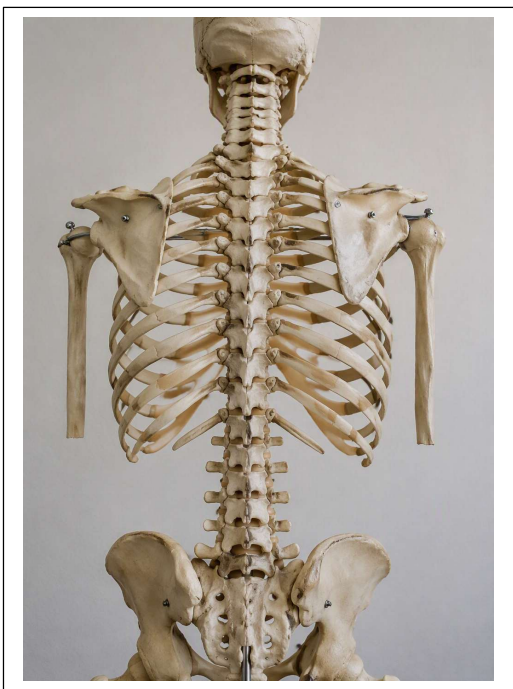
«Nos maravillamos de Tu humilde mente, y deseamos ser como Tú;
y encontramos todo nuestro descanso y gozo,
al aprender de Ti, Señor».

Y si bien esto se ve claramente en la personalidad de nuestro Señor, también podemos regocijarnos al reconocer la perfección de su unión con su iglesia. No es una característica suya, sino que se aplica a sus santos:

«Todo lo que tienes, lo tienes para mí».

Aquí vemos el control sobre todas las funciones y actividades del cuerpo. No es un movimiento del miembro más remoto el que está dirigido por la Cabeza; no es un proceso de digestión, respiración y eliminación el que encuentra su fuerza y poder motriz en la Cabeza. La estructura ósea del cráneo sugiere todo esto, que se explicará más adelante en otras conexiones, según capacite el Señor.

Poco se puede decir del hueso hioides, que sostiene la lengua y sirve de punto de inserción a varios músculos que la mueven. El gusto y el habla espirituales, por lo tanto, se basan en la Palabra que mora en nosotros. Cada palabra de nuestro bendito Señor fue, así, conforme a la Palabra escrita y fundamentada sobre esta.



2. - LA COLUMNA VERTEBRAL.

A continuación, nos encontramos con la columna vertebral, una estructura compleja e intrincada, asombrosamente adaptada a sus diversas funciones. Los vertebrados forman la clase más elevada de la creación animal, diferenciada de las demás clases por esta característica distintiva y esencial. Por lo tanto, es apropiado que el hombre, la cabeza de la creación, se caracterice especialmente por esta característica. Tan manifiesta es esta distinción que en el lenguaje de la vida cotidiana hablamos de "columna vertebral" como indicativo de una voluntad fuerte, la individualidad que marca una persona que responde a su hombría. Espiritualmente esto también es abundantemente evidente.

Quizás sea mejor hablar primero de algunos de los propósitos manifiestos de esta parte del esqueleto. Primero, la vemos como diseñada para sostener el cráneo. Para que la cabeza pueda tener su lugar de supremacía y elevación por encima del resto del cuerpo, debe estar en este lugar de una manera inequívoca. La columna vertebral impide que la cabeza sea una parte menor del cuerpo; su elevación es necesaria por ello.

Y cuando hablamos de Aquel que es la Cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia, no puede haber duda de su supremacía. La estructura misma de la Iglesia, sus diversas partes interrelacionadas, requieren, necesitan, el reconocimiento de Cristo como Cabeza. Todo el testimonio de la Iglesia —«columna y fundamento de la verdad» la columna es para sostener este gran "misterio de piedad" (1ª Tim. 3:15-16). "Como la Iglesia está sujeta a Cristo. Ella está subordinada a Cristo." No dice que *deba estarlo*, sino *que*, por su propia constitución, está subordinada a Él.

Qué pensamiento, que a la Iglesia se le confía la confesión y la manifestación de la autoridad de su Salvador y Señor. Cómo todo debe cederle el lugar: «Para que en todo tenga la preeminencia» (Col 1:18). El contexto inmediato muestra que esta preeminencia está directamente conectada con su autoridad sobre el Cuerpo, la Iglesia. La estructura vertebral de la Iglesia, entonces, no está diseñada para afirmarse a sí misma, ni para mostrar sus bellezas, sino para exaltar a Cristo. ¡Ay!, cuando pensamos que se exalta tanto en lugar del Señor; cuando la apariencia externa, la fuerza numérica, la actividad de los métodos mundanos, cualquier cosa se pone ante Él, debemos recordar que el gran objeto de la existencia de la Iglesia se está perdiendo de vista; ella se degrada y se ha vuelto semejante a la vida de los moluscos que la rodean, que no tienen tal

privilegio.

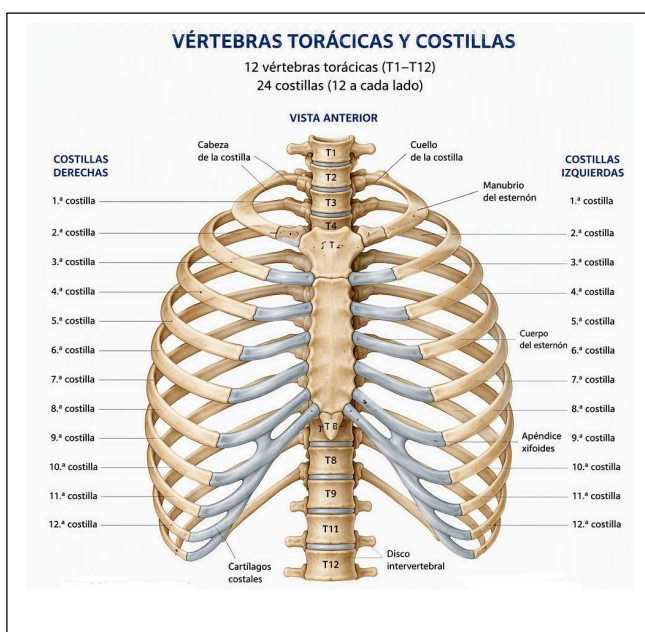
"Cristo es la cabeza de todo hombre" (1ª Cor.11:3). Así como Él es Cabeza de su Cuerpo, también es Cabeza de cada individuo, del hombre como cabeza de la familia y de cada persona en relación con el Señor. Aquí también se evidencia la función de la columna vertebral. Cada uno de nosotros individualmente, como la Iglesia en su conjunto, existe con el propósito de exaltar a Cristo. Aquí reside la clave de toda la vida cristiana. ¿En qué medida sirve exhibir la perfección de Cristo nuestro Señor? ¿Es este nuestro objetivo en la vida? ¿O acaso operan motivos más bajos y egoístas? Si es así, entonces ya estamos "abocados", estamos fallando en el propósito mismo para el cual hemos sido formados de nuevo. ¡Qué diferente era con Pablo! —conforme a mi ardiente expectativa y mi esperanza, de que en nada seré avergonzado (abocado), sino que, con toda valentía, como siempre, así también ahora Cristo será glorificado en mi cuerpo, sea por la vida o por la muerte (Fil.1:20). Por lo tanto, ya sea colectiva o individualmente, en la medida en que no exaltamos al Señor como Cabeza, en esa medida nos degradamos al nivel de la vida invertebrada.

Observamos también que la cabeza del cuerpo corresponde a la mente, la parte más elevada del hombre, y al espíritu, la parte principal de su persona: "Espíritu, alma y cuerpo" (1ª Tes.5:23). Como partícipes de una nueva vida, todo nuestro ser ha entrado en otra relación: todo es para el Señor, e incluso la parte inferior, el material, es templo del Espíritu Santo, y nuestros cuerpos son miembros de Cristo (1ª Cor.6:15, 19). Por lo tanto, podemos afirmar que podemos considerar la columna vertebral como el instrumento que otorga a la mente y al espíritu del nuevo hombre el lugar de supremacía que le corresponde en cada individuo. Estar controlados por el cuerpo implicaría estar sujetos a sus apetitos y pasiones naturales; estar sujetos al alma, a los afectos y deseos, nos mantendría como seres humanos naturales; pero cuando el espíritu, la mente y la conciencia ocupan el lugar que les corresponde, respondemos al propósito de nuestra creación original y de nuestra nueva creación. Lamentablemente, muchos de nosotros no damos preeminencia a la parte superior de nuestro ser. Así podemos examinar nuestras vidas y ver si vivimos, en cierta medida, como fuimos creados en Cristo Jesús. Huelga decir que vivir de esta manera es exaltar a Cristo; y así, esta idea se integra con lo que habíamos estado analizando anteriormente.

Pero la función de la columna vertebral no es simplemente servir de pilar para sostener la cabeza. También es un canal duro e impenetrable que protege la médula espinal, la cual está envuelta en toda su extensión por esta protección ósea. Baste decir aquí que la médula espinal es el canal de comunicación altamente organizado entre el cerebro y el resto del cuerpo. Es el medio por el cual las impresiones llegan al cerebro y los impulsos salen de él. Un cuerpo con la médula espinal paralizada estaría sin vida. De ahí la necesidad de brindar la mejor protección a esta línea de comunicación.

En ese sentido, podemos comparar las funciones de la médula espinal con la presencia del Espíritu Santo, quien es el canal de comunicación del Señor, la

Cabeza, a los miembros de su Cuerpo. De manera similar, el Espíritu es el poder del hombre nuevo, cuya presencia lo mantiene activo en su nueva vida. En ambos casos, esa santa presencia ha sido salvaguardada y protegida. El Espíritu no está vinculado a nosotros de forma superficial, sino en el centro de nuestra estructura espiritual. Su presencia, por lo tanto, está limitada únicamente por la vida que se nos ha impartido: la vida eterna. Así, aunque, lamentablemente, podamos "entristecer" o "apagar" al Espíritu, no podemos expulsarlo de nosotros. Lo que se acaba de decir se aplica también a todo el sistema nervioso, pero basta con esto aquí. La principal vía de transmisión de los nervios está protegida por la vaina ósea de la columna vertebral.



A continuación, podemos decir que la columna vertebral sirve, junto con las veinticuatro costillas unidas a sus doce vértebras dorsales y el esternón o hueso del pecho, para formar el tórax o segundo gran recinto del cuerpo. El cráneo encierra el cerebro; el tórax, o tronco, encierra el corazón, los pulmones, hígado, riñones y otros órganos vitales. No es tan impenetrable como el cráneo, pero oculta a la vista, y normalmente de interferencias externas, los procesos vitales de respiración, circulación, nutrición y eliminación.

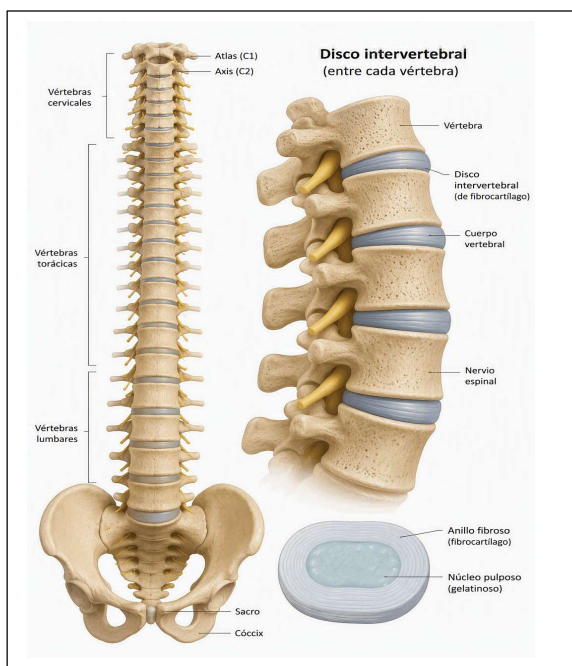
No debemos anticipar lo que requerirá un examen detallado; simplemente señalaremos aquí que la columna vertebral tiene un papel fundamental en el mantenimiento de esta cavidad.

Espiritualmente, la mayor parte de las actividades del hombre nuevo, aquellas relacionadas con su salud y bienestar moral, se llevan a cabo bajo el amparo de esa estructura. La cual, como hemos visto, existe para sostener el espíritu y exaltar a Cristo. Una columna vertebral erguida es necesaria para un tórax normal. Lo mismo ocurre en los asuntos de la vida espiritual.

Finalmente, podemos hablar de la columna vertebral como el puente o armazón que une las partes superior e inferior del cuerpo. Sin ella, no podría existir un esqueleto verdadero. El cuerpo humano sería, en efecto, un amasijo de *miembros dispersos*.

A continuación, hablaremos de la estructura de la columna vertebral. Se trata de una columna formada por veintiséis huesos distintos. Los dos últimos, el sacro y el cóccigeo, en la juventud constan de cinco y cuatro vértebras respectivamente;

pero en el adulto cada uno tiene una, quedando veinticuatro para formar la parte principal de la columna. Estas se denominan "vértebras verdaderas", y de ellas hablaremos primero. La columna en su conjunto no es un pilar rígido, sino que, al estar formada por estas diversas partes, "unidas de forma adecuada", es capaz de un considerable movimiento en diversas direcciones. Puede doblarse y flexionarse, adaptándose así a los múltiples ajustes necesarios en las diferentes posturas del cuerpo.



Entre cada una de las vértebras hay un disco de fibrocartilago, que sirve no sólo para unir las, sino también como amortiguador para evitar golpes o sacudidas excesivas. También están unidas por las apófisis articulares o articulaciones, una a cada lado, y por ligamentos anchos que conectan las apófisis transversas a cada lado. La apófisis espinosa en la espalda también sirve como soporte para los músculos conectados a ella.

Si observamos la columna vertebral de lado, veremos que no es recta, sino que forma cuatro curvas.

Estas se denominan según las partes que las forman: cervical, dorsal, lumbar y sacra. La primera, o cervical, es una curva hacia atrás o convexa; la siguiente, la dorsal o torácica, se curva hacia adelante, proporcionando espacio para los órganos vitales que protege; la tercera, o lumbar, se curva hacia atrás como la cervical, y la sacra es similar a la dorsal y por razones similares.

Tenemos, pues, una columna cuyas curvas aseguran una mayor elasticidad. Todo está perfectamente adaptado a sus funciones generales y especiales. Como ya se ha dicho, la postura de las vértebras cervicales al sostener la cabeza prácticamente garantiza la posición erguida de todo el cuerpo.



Pero debemos intentar extraer un poco del significado espiritual de estas diversas características. En la estructura compuesta vemos de nuevo, como en todo el Cuerpo, que no se trata de un sólo miembro, sino de muchos. No hay *una sola* columna vertebral para todo el Cuerpo. Ni siquiera un sólo apóstol sirvió para esto. "Cuando Santiago, Cefas y Juan, que parecían ser columnas" (Gál.2:9),

la misma palabra que en 1ª Timoteo 3:15. Cada apóstol tenía su lugar apropiado vinculado y compartiendo con otros las responsabilidades que recaían sobre todos. Cuán esencial, entonces, que todos estos hombres "fundamento" (Ef.2:20) estuvieran en completa armonía. ¡Qué desastre habría ocurrido si ¡Santiago, Cefas y Juan, no me hubiera alineado con el gran apóstol de los gentiles! No es de extrañar que Pablo lo enfrentara cara a cara. Y más adelante, ¡qué hermoso es oír a Pedro hablar de «nuestro amado hermano Pablo» (2ª Pedro 3:15); y a Juan declarar: «El que conoce a Dios, nos escucha», a los apóstoles (1ª Juan 4:6).

Sin embargo, cada apóstol posee una individualidad propia que nadie más puede asumir. Las distintas vértebras tienen su lugar asignado, y todas están unidas por articulaciones y ligamentos. Lo que es cierto para los apóstoles es cierto para cada miembro del cuerpo.

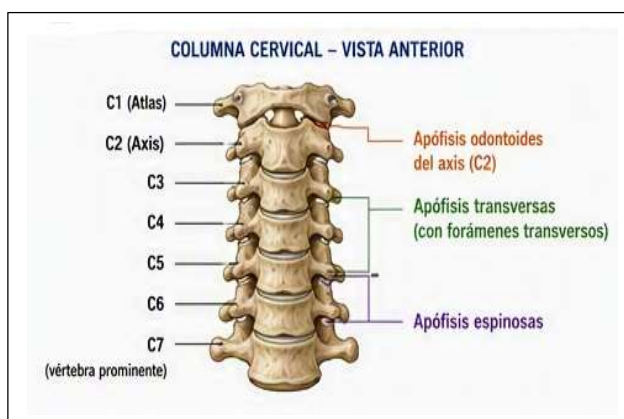
Al observar las curvas de la columna vertebral, vemos la misma hermosa adaptación a la fuerza y elasticidad combinadas del conjunto. Aquí, como ya hemos mencionado, las vértebras cervicales o del cuello ocupan un lugar destacado. Las siguientes, o vértebras dorsales, son cóncavas, proporcionando mayor espacio para los órganos vitales. De manera apropiada, se curvan o se inclinan sobre ellos. Pero las vértebras superiores no deben curvarse de esta manera, ya que la postura de la cabeza se vería afectada. No conviene que nos ocupemos principalmente ni siquiera de los procesos vitales de nuestra vida espiritual. La autoocupación, incluso en las cosas de Dios, no es saludable, y esta doble reacción que produce en las curvas cervical y lumbar lo subraya.

El espacio disponible no permite un análisis más profundo de este tema tan interesante y provechoso. Confiamos en que lo expuesto sea suficiente para animar al estudiante a profundizar en los detalles y ser recompensado con nuevas ilustraciones de la preciosa verdad de Dios. Cualquier buen libro de Anatomía y Fisiología proporcionará el material, y un estudio serio y reverente de las Escrituras le brindará la clave.

Antes de concluir esta parte de nuestro tema, añadiremos unas palabras sobre la división de la columna vertebral en las cuatro partes ya mencionadas, y el número de vértebras que forman cada parte.

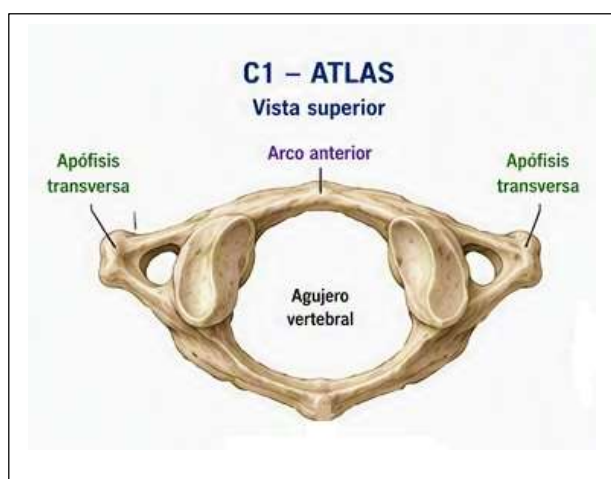
Las vértebras cervicales son siete, un número que sugiere plenitud y perfección.

Como hemos visto, estas vértebras están adaptadas principalmente para sostener la cabeza sobre un cuerpo erguido. Dios ha provisto en la Iglesia un vehículo completo para mostrar las perfecciones de su amado Hijo.



Cristo se manifiesta al mundo a través del canal de la Iglesia, no principal ni suficientemente en naturaleza, ni por el pensamiento del hombre, sino por esa revelación perfecta *en* la Palabra de Dios, las Escrituras, que son la iluminación de la Iglesia. No podemos concebir la Iglesia verdadera —por más que se hagan afirmaciones extravagantes de quien se autodenomina «la iglesia verdadera»— como algo distinto al canal de comunicación de la Palabra perfecta de Dios, revelada en las Escrituras. Si la Iglesia se apartara de la Palabra de Dios, perdería su capacidad para proclamar las glorias de la persona y la obra de nuestro Señor.

Al hablar de las vértebras cervicales, se observa que las apófisis son más pequeñas y los arcos, o cavidades, son más grandes que en el resto de la columna. Especialmente las dos vértebras superiores poseen características peculiares.



La superior, o *atlas*, que se conecta directamente con el cráneo, es en gran parte un anillo; la parte posterior alberga la médula espinal, y la parte anterior, separada por un ligamento transverso, recibe el pivote, o apófisis *odontoides*, de la segunda vértebra, alrededor del cual el atlas gira describiendo un arco considerable. Cuanto más cerca están las vértebras de la cabeza, más se adaptan a su función específica.

Esto se aprecia claramente en el Evangelio de Juan, donde «el discípulo a quien Jesús amaba» se pierde de vista en Aquel a quien se complace en mostrar. Cuanto más cerca estamos, moralmente, a nuestro Señor, más nos perdemos de vista, y nos perdemos de nosotros mismos, al intentar señalarlo a Él. ¡Qué ministerio! Sería aquel que, estando tan absorto en su gran Objeto.

Hay doce vértebras en la parte dorsal de la columna. Doce es el número del gobierno, de la administración: 3 x 4, lo divino tomando posesión *de* la criatura y usándola para Sus propios propósitos. Así, el Milenio mostrará la bienaventuranza de Su gobierno en que Él pondrá Su mano sobre la tierra:

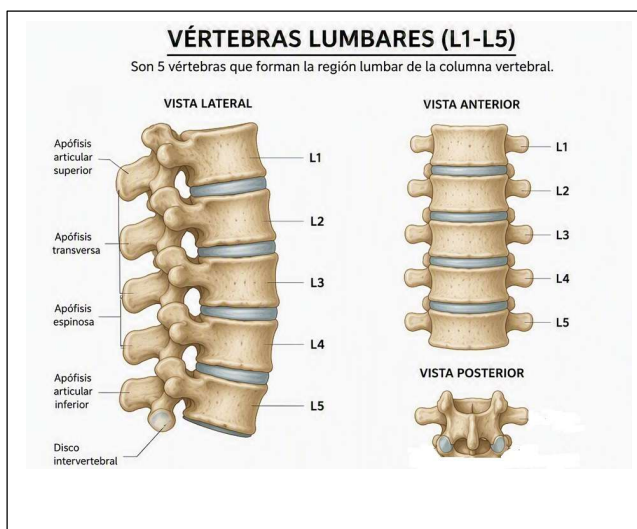
"Hará que toda la creación sonría y acallará su gemido".

De manera similar, el número doce es prominente en la fundación y las puertas de la ciudad celestial y en los frutos del árbol de la vida. Incluso la eternidad mostrará las glorias del "Vasto universo de dicha", cuyo centro y sol es el Cordero de Dios. El número doce, por lo tanto, tiene muchas connotaciones. Es apropiado que el tórax tenga este número asociado a *su* estructura. Las doce vértebras, las doce costillas a cada lado, están íntimamente conectadas con los órganos vitales que son característicos de la administración y el correcto funcionamiento de todo

el cuerpo. De entre estas vértebras, como en todas ellas, parten los nervios cuyo significado típico hemos mencionado brevemente. Cada par de estos nervios controla el funcionamiento de algún órgano vital. En su conjunto, está bien administrado, como sugiere el número doce.

Hablando más particularmente del tórax y sus órganos vitales como un tipo de la Iglesia, podemos ver cuán perfectamente nuestro Señor ha provisto para su nutrición y cuidado. Nada se ha omitido que sea necesario para la "edificación en el amor". Esto se nos presentará cuando vengamos a hablar de cada uno de estos órganos vitales. La cantidad de administración divina nos prepara para esperar esta provisión completa.

Las vértebras lumbares son cinco, lo que sugiere, según el significado que conocemos, la unión del ser humano con el Creador, 4+1. Es también el número de la capacidad y la responsabilidad humanas. La región lumbar alberga los riñones y las vísceras inferiores, donde se ubican muchos órganos vitales. Más adelante profundizaremos en este tema; por ahora, basta con destacar la relevancia del número cinco, que simboliza la capacidad del ser humano y, por consiguiente, su responsabilidad.



Quizás las actividades de esta parte del cuerpo estén más estrechamente conectadas con la mente y la voluntad que otras, también con los instintos, y de esta manera apuntando en la misma dirección. Como sede de muchos de los procesos de eliminación, nos recuerda la acción de la conciencia, las riendas, que diferencia al hombre como un ser moral y responsable.

También es interesante observar el papel que desempeña esta porción de la columna vertebral en el mantenimiento de la posición erguida. Estas vértebras tienen la curva convexa como las cervicales y complementan, de forma algo secundaria, la posición erguida del hombre asegurada por la posición de la columna, cabeza y vértebras cervicales. Estos dos factores: la fe comprometida con Cristo y el auto juicio, la autodisciplina, esa rectitud práctica que es la marca del nuevo hombre, "que según Dios es creado en justicia y verdadera santidad" (Ef.4:24). Tanto la justicia como la santidad (integridad), se caracterizan por la verdad, que la produce y la mantiene. Y esto se mostró perfectamente en nuestro Señor aquí abajo: "Como [la] verdad está en Jesús". Lo que siempre lo caracterizó fue esta absoluta rectitud. Se caracterizó por la constante ocupación con el Padre, el mantenimiento de Su gloria, y por "verdad en lo íntimo y sabiduría en lo oculto" (Salmo 51:6). Él es, pues, el Hombre Perfecto, que exhibe en toda su

conducta y carácter todo lo que la mente y el corazón de Dios desean. Así pues, la culminación de todos sus propósitos y deseos para su pueblo es que nosotros debemos ser "conformados a la imagen de su Hijo". Aquí está el significado de 5, Emmanuel, Dios con nosotros.

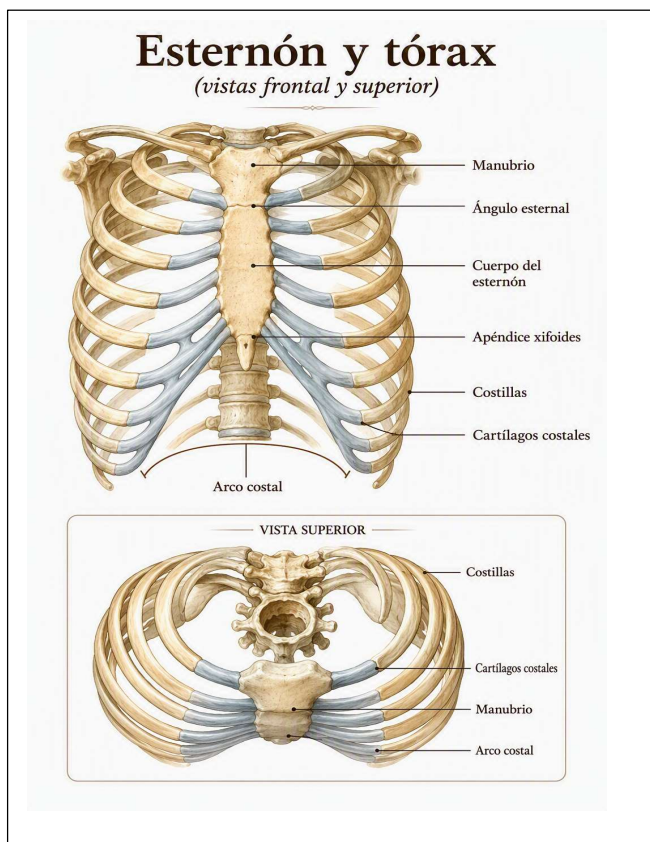
En doloroso contraste con esta perfección está su opuesto, cuando hay una sobreabundancia y sumisión a las tendencias carnales de la región lumbar, que asimila al hombre a la bestia. La templanza, fuerza interior, o autocontrol —se abstiene de permitir indebidamente lo que es natural y, dentro de los límites apropiados, correcto. Los "lomos ceñidos", de los que la Escritura habla tan a menudo, nos dan esta verdad. Es un ceñido interior, que precede al exterior, como es cierto en todas las cosas.



De la curva sacra podemos decir poco. En cierto sentido es suplementaria al resto de la columna vertebral, aunque no innecesaria, como nada en el cuerpo lo es. Originalmente el sacro está compuesto por cinco y el cóccix por cuatro, pero en la madurez estos se solidifican en uno cada uno, formando así dos, el número característico de esta porción. Su curvatura es, como la torácica o dorsal, cóncava, lo que proporciona espacio para las vísceras. Podríamos decir que constituye la clave de bóveda del arco pélvico, uniendo todo en el anillo de la pelvis y aportándole la rigidez y la fuerza necesarias para lo que podríamos llamar la base del tronco o tórax.

El dos es el número de la ayuda, de la unión, y esto describe apropiadamente la función principal de las vértebras sacras, que unen todo de manera firme y eficaz. No necesitamos recordar al lector de quién habla este número dos, y de Su obra que ha unido todo nuestro ser en uno sólo un todo armonioso.

Así, cada grupo de vértebras, 7-12-5-2, tiene su propia historia de gracia y verdad que contar.



Pasamos a considerar brevemente los huesos restantes que forman el tórax, la caja que contiene y protege los órganos vitales. La columna vertebral, como hemos visto, es el soporte de esta caja, en la parte posterior; en la parte anterior está el esternón, o hueso del pecho, y conectando estos hay diez pares de costillas, planas y curvas. Las costillas se unen en dos puntos de contacto con las vértebras y se mantienen firmes mediante numerosos ligamentos maravillosamente fuertes, lo que limita su movimiento a un área reducida.

En la parte frontal, los primeros siete pares se unen mediante cartílago a la columna vertebral.

A partir del esternón, los tres pares siguientes están conectados *de* la misma manera a la costilla superior, y los dos últimos pares, o "costillas flotantes", están conectados únicamente a la columna vertebral. Es de suma importancia que los órganos vitales estén protegidos de esta manera, de lo contrario sus funciones se verían seriamente afectadas, si no totalmente estorbadas.

Samuel Ridout